

## MIGUEL DE UNAMUNO Y PEDRO COROMINAS

UNA INTERPRETACION DE LA CRISIS DE 1897

Es necesario reconocer que las investigaciones del profesor Sánchez Barbudo señalaron, en su hora, una nueva etapa en los estudios sobre Unamuno. Su aportación permanente fué el descubrimiento de la crisis religiosa de 1897 a la que atribuyó, con acierto, un carácter decisivo<sup>1</sup>. Sin embargo, para acercarse al auténtico sentido de esa experiencia fundamental es necesario revisar tanto los supuestos de los que parte dicho investigador como las pruebas que ofrece, sobre todo, cuando, como en el presente caso, se dispone de nueva y más rica documentación.

La valiosa labor crítica del descubridor de la crisis de 1897 estuvo orientada, en gran parte, por el artículo de don Pedro Corominas, *La trágica fi de Miguel de Unamuno*, aparecido en la *Revista de Catalunya* en febrero de 1938<sup>2</sup>. En este nuestro trabajo de revisión parcial no se pretende discutir la validez de las conclusiones de don Antonio Sánchez Barbudo, aunque disentimos profundamente de ellas. Únicamente se intenta precisar, principalmente a través del epistolario inédito Unamuno-Corominas, el verdadero valor documental y exegetico —en relación a la crisis de 1897— del artículo publicado por este último en circunstancias de excepcional compromiso político. Es lamentable que no se pueda disponer de las dos cartas más importantes de Unamuno. Ha desaparecido precisamente aquella que contenía la confesión de la crisis. Sin embargo, puede ser reconstruída, en alguna manera, gracias a la extensa carta de respuesta escrita por Pedro Corominas el 27 de sep-

---

<sup>1</sup> SÁNCHEZ BARBUDO, ANTONIO, *La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva: La crisis de 1897*; *Hispanic Review*, Philadelphia, 1950, vol. XVIII, págs. 217-243. En adelante citaremos SB.

<sup>2</sup> Barcelona, n.º 83, vol. XVI, any X, págs. 155-170. Traducción española: *El trágico fin de Miguel de Unamuno en Ateneu*, Santiago de Chile, julio de 1938, XLIII, págs. 101-114. En adelante citaremos la versión española: *Cor.*; en la última parte de nuestro trabajo, en el texto, sólo capítulo y página.

tiembre de 1897. También ha desaparecido, o no fué escrita, la carta con la que Unamuno respondía a la citada de Corominas<sup>3</sup>. Sin embargo, el material de que se dispone es suficiente para el objeto de nuestra investigación.

Indudablemente, como Sánchez Barbudo probó indirectamente, se descubre que dicho artículo de 1938 es "una revelación basada en confidencias epistolares" y que "es bien cierto al menos en lo esencial"<sup>4</sup>. El profesor Sánchez Barbudo no sólo se limitó a demostrar la existencia real de los sucesos narrados por Corominas, sino a investigar "en qué consistió esa crisis y el significado que pudo tener en el desarrollo del pensamiento de Unamuno"<sup>5</sup>. Pero se dejó guiar, en algún modo, por la 'interpretación' personal de Corominas<sup>6</sup> sin analizar los supuestos personales e históricos sobre los que se asentaba dicha interpretación que, en algunos casos, llegaba a deformar los hechos.

Nuestro estudio revela que, tras una honda y cariñosa admiración de Corominas, existe un auténtico resentimiento en la interpretación de la crisis de 1897. Precisamente el hondo afecto con el que Corominas correspondió a la generosidad de Unamuno produjo una admiración ilimitada y un noble deseo de imitación. Pero las características de su sensibilidad religiosa hicieron imposible la comprensión. Incapaz de convivir la experiencia religiosa de Unamuno, Corominas es víctima de un resentimiento. Las diferencias de carácter, de visión social y política acentuaron, con los años, la distancia entre los amigos y limitaron más aún la deficiente comprensión de Corominas. Y cuando don Pedro intentó defender públicamente, en 1938, a su amigo, al aprovechar un esquema harto simplista de dos *yos* unamunianos, polarizadas sus ideas vacilantes por un compromiso político, mal interpretó el sentido de la crisis e involuntariamente puso en peligro la comprensión de la figura de Unamuno.

---

<sup>3</sup> En carta a Unamuno fechada en Torroella de Fluviá, el 19 de julio de 1898. Corominas le dice haber recibido a primeros de año la tarjeta que anunciaba contestación a su carta de *octubre*. La carta de Corominas es de septiembre. Si Unamuno escribió la carta prometida, hasta el 19 de julio de 1898 no había llegado a manos del destinatario.

<sup>4</sup> *SB.*, pág. 218.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 219.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 221.

## I.—INICIACIÓN DE LA AMISTAD: 1896

Don Pedro Corominas había propuesto a la redacción de *Ciencia Social*, revista ácrata barcelonesa, el nombre de Unamuno<sup>7</sup>. Sin embargo, él no se atrevió a escribirle personalmente hasta el 31 de mayo de 1896. Sospechaba que Unamuno, al criticar el primer número de la revista, se había referido especialmente a un artículo suyo titulado *Educación inmoral*. Así, en su primera carta, Corominas dice que, puesto a escribir de nuevo aquel artículo, "lo haría sin duda de otro modo". Cuenta a Unamuno que hasta hacía dos años y medio había sido "un republicano de buena fe". Declara que había perdido ya la ilusión de conseguir una cátedra, pues había perdido la fe en el Derecho Penal al que antes se había aficionado. Confiesa haber ido alejándose del positivismo racionalista: "Así poco a poco mis entusiasmos positivistas han ido menguando y cada día me ha producido más repulsión la que V. llama erudición libresca". La queja de don Pedro resulta patética: "Mi pobre cerebro está en un período de violenta transformación". Tras confesar el temor de que su vieja concepción burguesa de la vida hubiera esterilizado su vida mental, le dice a Unamuno sincera y humildemente:

"Todas estas cosas unidas a mis pocos años me han hecho algo temeroso para tratar con los que valen más, esperando hacerme fuerte por el trabajo. La sencillez de V. me alienta a escribirle esta carta".

La carta estudiada revela que, al momento de establecer contacto con Unamuno, Corominas padecía una honda crisis ideológica que lo tornaba inseguro y tímido<sup>8</sup>.

## II.—LA GENEROSIDAD DE UNAMUNO

Don Pedro Corominas fué víctima de graves y arbitrarias acusaciones que lo condujeron a prisión el 18 de agosto de

<sup>7</sup> P. Corominas a Unamuno, 31 de mayo de 1896.

<sup>8</sup> En 1938 Corominas sólo anota que Unamuno era cinco años mayor que él, que "había ganado en brillantes oposiciones" la cátedra y que ya debía ser hombre de prestigio gracias a *En torno al casticismo* (*Cor.*, I, 102).

1896<sup>9</sup>. Fué uno de los encausados en el proceso de Montjuich. Don Miguel no olvidó al amigo e hizo todo lo posible por salvarlo<sup>10</sup>. Durante ese período Unamuno mantuvo correspondencia con don Alfonso Corominas, hermano de don Pedro<sup>11</sup>. Una carta de Alfonso Corominas, fechada el 25 de mayo de 1897, permite saber que Unamuno había confiado a éste la crisis religiosa que había padecido. Es casi seguro que Alfonso Corominas comunicó a su hermano tanto las noticias sobre la conversión de Unamuno como las confidencias directas de éste. Posiblemente don Pedro, en tan difícil y angustiosa situación, no cobró conciencia exacta de la situación espiritual de don Miguel. Don Alfonso escribía a Unamuno:

“Mañana me toca por turno subir a Montjuich a visitarle y le daré a leer su carta que sin duda le emocionará. ¡V. dice que no le ha olvidado nunca! amigos de muchos años tuvieron miedo de interesarse por él no obstante creer en su inocencia!”<sup>12</sup>.

### III.—Equívocos: 1897

Reconocida su inocencia, Corominas fué desterrado a Francia. El 10 de junio de 1897, viajó a Hendaya<sup>13</sup>. Desde allí, el 9 de julio de 1897 escribió a Unamuno rogándole que le contestara porque reconocía que sus cartas “vibrantes de un vivo amor al trabajo” le animaban mucho. En esta carta refería a Unamuno la evolución de su espíritu, su estado de crisis y su desengaño de las ideologías sociales. Corominas cree necesario simplificar la sociedad para liberar las grandes verdades ahogadas por “los mentidos adelantos y progresos”. Criticando los movimientos sociales de la época, dice:

“El socialismo y el anarquismo (*sic*) obsesiones económico-políticas de la sociedad que muere no pueden darnos la solución del problema moral o religioso que palpita en el fondo del dolor hu-

<sup>9</sup> Alfonso Corominas a Unamuno, 20 de enero de 1897 (Epistolario inédito).

<sup>10</sup> Unamuno hizo llegar a la prisión un ejemplar dedicado de *Paz en la Guerra* (A. Corominas a Unamuno, 20 de enero de 1897). *Vid.*, P. Corominas a Unamuno, 18 de febrero de 1897. *Cf. Cor.*, I, 103.

<sup>11</sup> La primera carta de A. Corominas tiene fecha 20 de enero de 1897 y la última, 20 de junio de aquel año.

<sup>12</sup> Esta gratitud aparece en todas las cartas de los Corominas. *Vid.* especialmente la de 27 de septiembre de 1897 de P. Corominas. Renueva su gratitud el 1 de septiembre de 1914. *Cf.*, *Cor.*, I, 103. *Cf.* Dedicatoria del ejemplar de *La Vida austera* (Barcelona, *L'Avenc*, 1908) que Corominas envió a Unamuno.

<sup>13</sup> A. Corominas a Unamuno, 20 de junio de 1897.

mano: son productos estériles de cerebros que piensan dentro del orden de las ideas muertas: son los estoicos de nuestra época impotentes en su nuevo gentilismo para comprender la civilización nueva.

No se trata de un problema político ni de un problema económico: se trata de salir de la nada de nuestro escepticismo. Hemos perdido la esperanza de una religión que sintetizaba y armonizaba todas las fuerzas sociales y en vez de sustituirla perdemos el tiempo buscando soluciones miserables sin comprender que es imposible la vida social sin la fe en un gran principio generador de la civilización”.

El generoso espíritu de Corominas ha aprendido, gracias al dolor de padecer en carne propia la injusticia, la auténtica problemática de las relaciones sociales. Ha llegado a una clara percepción de las necesidades fundamentales. Su honda fe en el ideal le hace cobrar un sentido de amor, de sacrificio y de testimonio vital y le hace rechazar el odio y el uso de la violencia para llegar a la ansiada *simplificación*. Resume sus confesiones bajo el denominador de *parte negativa* de ellas y pide a Unamuno que le dé su opinión sincera, pues, declara, “no sería la primera vez que una carta de V. hiciese modificar el rumbo de mi pensamiento”.

Las expresiones de Corominas nacían de una auténtica vivencia del problema, pero la solución que más tarde propondría iba a ser meramente esteticista. Unamuno se engañó creyendo que tal planteamiento desembocaría en una auténtica preocupación religiosa. Se dejó engañar por expresiones que coincidían asombrosamente con sus propias reflexiones de aquel momento. Conocido el estado espiritual de Unamuno en aquellos días de julio de 1897, resulta fácil comprender en qué medida le impresionaría la carta de don Pedro Corominas. Rechazar las ideologías sociales de avanzada por viejas, considerarlas como un nuevo estoicismo pagano y racionalista, despreciar el progresismo, tratar de superar el escepticismo, buscar una nueva humanidad vitalizada por un auténtico ideal, todo ello significaría para el autor de *El mal del siglo* estar en camino al cristianismo. Don Miguel habría llegado a pensar que Corominas, con quien había militado en la lucha por la justicia social, sufría una evolución paralela a la suya y se sintió obligado, a petición del propio Corominas, a orientarla. La parte negativa de la exposición de Corominas invitaba a Unamuno a una acción apostólica.

En los últimos días de julio, Corominas recibió la respuesta de Unamuno quien, probablemente, escribió una de sus mejores cartas apostólicas<sup>14</sup>. Corominas acusa recibo de ella el 8 de agosto de 1897<sup>15</sup> confesando que le ha causado "grande impresión". Declara aguardar un momento propicio para pensar y sentir bien la contestación. Concluye la tarjeta postal declarando: "Ahora más que nunca le quiere y admira su humilde amigo". La carta no fué escrita hasta el mes de septiembre<sup>16</sup>.

Por la carta que Corominas escribe el 27 de septiembre de 1897 se puede reconstruir, en gran parte, la actitud de Unamuno y conocer el impacto que recibió el corresponsal. Al leer la confesión epistolar de Unamuno, Corominas y su madre se sintieron hondamente emocionados. Corominas, que había creído muerto el cristianismo, se encontraba frente al espectáculo maravilloso de la resurrección de la fe en un hombre que había sido hijo auténtico del siglo. No alcanzaba a comprender el milagro Unamuno, la aplastante evidencia, pero la admiración lo ganaba:

"En cuanto a mi me produjo un efecto aplastante como la vista de algo monstruosamente incomprensible y admirable. Y es que en mis dudas y cavilaciones partía siempre de que la fe en Cristo había muerto en todas las almas, persistiendo en algunas no como cosa viva sino como un recuerdo caliente de lo que fué, y V. de repente me presentaba el espectáculo indudable y sincero de la resurrección de Lázaro, evocaba delante de mí verdaderamente la cosa incomprensible".

En el espíritu de Corominas nació un profundo sentimiento de respeto. No se atrevía, sobrecogido por el temor, a contestar la carta de Unamuno. Temía causar daño y perder la amis-

<sup>14</sup> P. Corominas a Unamuno, 27 de septiembre de 1897. J. Brossa en carta sin fecha, escrita después del 15 de julio de 1897, comunicaba a Unamuno haber recibido las confidencias de Corominas: "diciéndome que V. y yo debemos acompañarle a desbrozar lo caótico que pueda haber en su estado interior presente. Pero él cree que no seguirá el camino de V.". Más tarde, el 16 de agosto de 1898, repite: "Sé que está sufriendo una evolución que corre parejas con la de V.". B. Rodríguez Serra escribía a Unamuno el 26 de septiembre de 1897 refiriéndose a la crisis de Corominas: "aunque no creo que tenga el fin de la de V. Sin embargo vuelve a las afecciones de la infancia, de los amigos de colegio y renace la primitiva adoración que por su buena madre sentía. Pobre amigo! sufrió mucho". (Ambos epistolarios están inéditos).

<sup>15</sup> La fecha se lee en el matasellos.

<sup>16</sup> La contestación fué retrasada, entre otras causas, por las nuevas acusaciones de que fué víctima Corominas tras el asesinato de Cánovas. *Vid.*, P. Corominas a Unamuno, 27 de septiembre de 1897.

tad de Unamuno a la que se había acercado con timidez en 1896 y la que había sido su amparo en la desgracia :

"Su carta yo no la podía contestar, me entró como un honrado temor de escribirle porque mi conciencia me gritaba que su alma de V. imponía mi silencio, comprendía que acababa de llegar V. a un estado de perfección en que humanamente no es posible sostenerse por mucho tiempo y me sentía cobarde para arrostrar toda mi vida el remordimiento de haber contribuído con mis estúpidas reflexiones a precipitarle en nuevas dudas a robarle la calma serena de su conversión.

Además me quitaba V. todo argumento. Al leer y releer su carta me sentía pequeño no sólo para contestarla sino también para descamar en ella ; me veía clasificado en cada página entre los pobres de espíritu que V. confunde con la claridad de sus ideas y al ver que V. me levantaba sobre aquello que humillaba bajo sus pies me sentía nacer (*sic*) el temor de romper en su mente el encanto con mis palabras y perder la consideración de V. quizás su amistad, cosa para mí dolorosísima, porque no sé cómo decírselo que sea V. como fuere, piense como se le antoje acerca de lo mío y de mí me parece que no podré desprenderme nunca de la honda simpatía con que le quiero"<sup>17</sup>.

Tras estas confesiones se revela un proceso de honda significación para la exégesis de las relaciones entre Unamuno y Corominas. Corominas se siente *recreado* íntimamente por la palabra de don Miguel. El verse considerado en camino de una auténtica problemática religiosa había comprometido su espíritu. El Corominas que había creado el espíritu apostólico de Unamuno entusiasmaba al propio Corominas. Este se sentía avergonzado de su propia realidad que, en verdad, coincidía con aquello que Unamuno combatía y despreciaba. Y Corominas no se atrevía a romper la hermosa creación de Unamuno temeroso de perder su amistad. Se sentía amonadado entre las perspectivas que había creado la equivocación. Temía el juicio adverso de Unamuno, al que estaba decidido a resignarse humildemente.

Don Pedro confiesa en qué medida ha sentido aniquilado su optimismo terrestre. No se atreve a continuar la exposición que había iniciado en julio. Sus antiguas ideas le parecen incom-

---

<sup>17</sup> Prueban la atención con que Unamuno leyó la carta, las correcciones que hizo sobre ella. Corominas había escrito: "nuevas *nuevas*", don Miguel corrigió "nuevas *dudas*".

pletas. Se queja del efecto que Unamuno le ha producido y concluye, con tristeza, tras casi dos meses de reflexión: "Su carta me ha enseñado no ser lo esencial eso que pensaba", y sinceramente confiesa: "no me ha reanimado con su luz, no ha fecundado mi vida".

Sin embargo, Corominas se decide a exponer la parte positiva de sus reflexiones. Expone largamente su pensamiento. Como superación del dolor humano "planteado por las religiones y que sólo ellas podían resolver", propone el ideal de la *belleza* a la que, según cree, se llega por el *amor*<sup>18</sup>. Pero Corominas declara que ya no cree tampoco en la belleza. La fragilidad de su teoría se le pone de manifiesto cuando advierte que él mismo es incapaz de convertirla en tema vital. Su solución era, verdaderamente, una deslumbrante teoría de esteticismo pagano<sup>19</sup>. En el diálogo entre el hombre neopagano y el hombre cristiano vence este último representado por Unamuno. Corominas debía reconocer que su planteamiento de julio de aquel año no podía ser resuelto por un esteticismo ineficaz frente a la muerte. Unamuno lo ha puesto frente a la pregunta fundamental, la interrogante de la muerte, y frente a la necesidad de una auténtica salvación. Todo idealismo, todo optimismo terrestres resultaban inútiles frente al problema radical. Es decir, Corominas se veía retomado desde su propio planteamiento inicial y se veía imposibilitado de postular una solución engañosa. Se siente débil frente a la vigorosa personalidad de Unamuno. Confiesa que carece del sentimiento de la muerte y considera una farsa violentarse a sí mismo para pensar en ella. No alcanzaba a hacer un problema personal de la muerte:

"He aquí porque no es posible la discusión entre V. y yo, fuer-  
te uno con su creencia y débil el otro con el solo amparo de su va-  
riable pensamiento. En su carta me ha presentado, antes de cono-  
cer mis ideas, la verdadera objeción a ellas: ¿y la muerte? He  
aquí un hecho que no puedo negar, un problema que no resuelvo

<sup>18</sup> Quizá a este desencanto se deben los juicios de Unamuno sobre el esteticismo de los catalanes. En carta de 24 de julio de 1909, comentando *La vida austera* de Corominas, observa don Miguel: "Me parece también que muchas veces aún sin usted advertirlo, sustituye el ideal estético al ético. Esto les ocurre mucho a ustedes los levantinos. El vivir bien es para ustedes vivir bellamente. Y acaso tengan razón". Concretaba: "la austeridad que usted predica me parece más bien estética que ética".

<sup>19</sup> Unamuno recibió un ejemplar dedicado del libro de Corominas *Cartes d'un visionari* (Barcelona, Antón López, 1921). Entresaca en su lectura la frase: "Un basc i un català no's poden entendre cordialment" (pág. 172) que Corominas había escrito refiriéndose a las distintas concepciones que del mundo y de Dios tenían el vasco y el catalán.



con mis teorías, luego son incompletas, dignas de ser amadas por ser bueno, pero incapaces de resolverlo todo porque no son esenciales. La muerte. No pensaba en la muerte, no puedo pensar en ella. Supongo que esto será debido a mi juventud, pues confieso a V. que si me empeñara en pensar en la muerte como V. me aconseja representaría una indigna farsa. Acaso V. pueda comprender eso bien, porque habrá probablemente atravesado crisis de optimismo como esta mía de ahora"<sup>20</sup>.

Corominas había dejado la carta a medio escribir. Cuando, para continuarla, vuelve a releer lo escrito, se siente cada vez más débil frente a Unamuno. Sus ideas expuestas se le aparecen ya, en cierta manera, como ajenas: "Encuentro aquí mis ideas de hace algún tiempo pero pensadas de otro modo". Quizá desde que recibió la carta de Unamuno había empezado a evolucionar una vez más. En alguna medida se cumplían sus propias palabras de julio de aquel año. Unamuno era responsable de una especie de contagio.

Corominas afirma que ha encontrado un argumento mucho más recio que la idea de la muerte y verdaderamente ineludible<sup>21</sup>: la personalidad de don Miguel apasionadamente preocupada por la muerte y por la fe. Existe un testimonio personal de la problemática del vivir humano que no puede ser eludido ni rechazado: "No es solamente la muerte lo que me opone V. sino un argumento mucho más fuerte todavía: V. mismo". Corominas termina por confesar que descubre en Unamuno al cristiano redivivo. La recia personalidad humana de don Miguel ha cobrado un nuevo sentido: se ha convertido en el testimonio vivo de la fe. En aquellos días Corominas, asombrado, desasosegado, con su humanitarismo terrestre destrozado, admira la fe de Unamuno. No se detuvo a distinguir entre fe y 'querer creer'. No reparaba en este distingio que siempre hizo

<sup>20</sup> Corominas escribe: "pues confieso"; corrección: "*pero* confieso". Don Pedro le decía a Unamuno en esta carta: "El creyente dice V. vive orando, su vida es una oración. Hay algo más que nosotros no poseemos, el hombre sencillo vive sólo la vida presente" y manifestaba que no creía que don Miguel llegase a vivir con esa sencillez. Rechazando la preocupación por la muerte, insistía el 6 de abril de 1899 al criticar *El mal del siglo*: "Los hombres sencillos de que tanto V. nos habla no piensan en la muerte. La aniquilación no puede ser para ellos un problema, ni mucho menos el mal del siglo". En carta de 24 de julio de 1909 Unamuno negaba, oponiéndose a Corominas, que el temor a la muerte hubiera ido desapareciendo en la época.

<sup>21</sup> Mostrando su incapacidad para pensar en la muerte, Corominas le comunica a Unamuno, en esta carta, que ni en la cárcel tuvo miedo de morir. En algún momento, sí, pensó en concentrar su vida y escribir un diario: "Los últimos días de mi vida". Sin embargo, en carta del 6 de abril de 1899 se contradice y reprocha a Unamuno que no le haya comprendido bien.

Unamuno. Y no podía, claro está, desde su situación, comprender lo que quizá Unamuno le confiaba sobre su convicción de que el 'querer creer' era ya una gracia de Dios<sup>23</sup>, a la que nuestra voluntad debía responder ahondando en la problemática de la caducidad humana. No podemos saber, sin examinar la carta perdida, hasta qué punto la generosidad impetuosa de Unamuno, impulsada por su sentido apostólico, daba lugar, con declaraciones apasionadas, a la interpretación de don Pedro Corominas. Unamuno era consciente de que su testimonio era el doloroso testimonio de la búsqueda de la fe. Escribía Corominas.

"El verdadero argumento, pues, es su propia personalidad: "aquí estoy yo con mi fe verdadera, para probar que la fe no es imposible". He aquí lo que me aturde más en su carta porque ya le he dicho que todas mis ideas partían de la premisa falsa al parecer de que el cristianismo no podía volver a ser creído. Me presenta realmente una idea que lo resuelve todo: comprendo que en V. todo problema está resuelto. Me ofrece además un camino para que a mi vez pueda resolverlo todo por mí mismo, la auto-redención como V. la llama y aquí encuentro un obstáculo insuperable cuando me voy a dormir no puedo pensar en la muerte como V. me aconseja".

Corominas, quizá a causa de las invitaciones a esforzarse para conseguir la fe y a meditar en la muerte y a poner a prueba la conciencia, había desconfiado en algún momento de la autenticidad del proceso de Unamuno. Pero, tras pensar que era una crisis motivada por un estado obsesivo momentáneo, empezó a darse cuenta de la evolución histórica de ella. Comenzó a cobrar conciencia, quizá por indicación de don Miguel, del contenido de *Paz en la guerra*, del sentido autobiográfico de Pachico. De esta manera, llega a desvalorizar el alejamiento de la fe de don Miguel: "Comprendo que ha sido siempre un creyente, ofuscado un momento por ideas más brillantes que sólidas y definitivas". Cree que no fueron las angustias de la muerte las que habían llevado a Unamuno hasta el cristianismo. Pensaba que cualquier otra circunstancia hubiera producido el mismo resultado. Para Corominas, Unamuno poseía la verdad de la fe en el fondo del alma. Y, contra-

<sup>23</sup> Sin embargo, al parecer, Corominas tuvo los elementos suficientes para realizar los necesarios distinguos: P. Corominas a Unamuno, 6 de enero de 1909 y *Cov.*, III, 107.

poniendo su propia situación, confesaba: "Ahora bien, esta verdad no existe en la mía y por esto ni el temor de la muerte ni la lectura del Evangelio con el alma de niño pueden volverme a un estado que en realidad no ha existido nunca en mí".

Corominas había tratado de buscar, al leer la carta de Unamuno, algunos recuerdos análogos a los que había encontrado Unamuno. Su personalidad se había desarrollado en una circunstancia religiosa completamente distinta, muchos menos propicia que la de don Miguel. Sin embargo, había logrado encontrar entre sus experiencias infantiles, hacia sus ocho y nueve años, verdaderas angustias ante la muerte y llegaba a pensar que quizá su imaginación de niño "añoraba el consuelo de la religión, la esperanza en otra vida celestial y llena de bienandanza (*sic*)"<sup>23</sup>. Tras haber sido anti-clerical a sus doce años, hacia los catorce había pasado por un período de un verdadero temor de Dios y de fervor religioso. Rezaba el rosario y leía libros piadosos. Corominas confiesa: "Si alguien me hubiese guiado ahora sería fraile o sacerdote".

Tras haber realizado esta búsqueda, se siente incapaz de hacer un esfuerzo para conseguir la fe. Rechaza todo empeño de la voluntad:

"Aquí tiene V. diseado mi yo de roca viva. Para entrar en la religión ha escarbado V. en su alma de niño, ha rehecho en su espíritu un estado anterior y le ha bastado ese terror de la muerte que ha sentido. En cuanto a mí tendría que producir en mi alma un estado nuevo, aceptando una palabra de V. tendría que provocar en mí una metarritmis esencial y para ello sería preciso un espantoso milagro. Siento un gran respeto por la creencia religiosa pero he de renunciar a ella. Cuando V. me aconseja que lea el Evangelio (lo he leído ahora), que piense en la muerte al acostarme parece creer que estas conversiones pueden ser producidas por la voluntad. No lo crea V. en la creencia religiosa la voluntad no entra para nada: cuando V. ha querido es que ya tenía fe.

Por lo que le he dicho antes comprenderá que me he hecho cargo de lo deplorable de mi estado intelectual y por tristes que sean estas confesiones hemos de ser sinceros con nosotros mismos. Creo que sería una infamia engañarme, como hacen tantos otros, a los cuales se pueden dirigir las palabras de Coleridge citadas por Carlyle: Vosotros no creéis, vosotros creéis que creéis"<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Cf. P. Corominas a Unamuno, 6 de abril de 1899.

<sup>24</sup> Corominas escribe: "pueden ser una consecuencia"; corrección: "pueden ser producidas". Más tarde Corominas usará la frase de Coleridge para lanzarla contra don Miguel: *Cor.*, IV, 108.

En esta larga carta, fechada en Hendaya el 27 de septiembre de 1897, Pedro Corominas confesaba que él también tenía conciencia de los yos que surgen en las relaciones humanas. Acusado injustamente, tiene dolorosa conciencia del yo que le han creado los demás. Su dolorosa aventura política le ha hecho verse deformado en la conciencia social. Pregunta a Unamuno qué puede hacer para no aparecer como no es. Acostumbrado a la sinceridad de Unamuno, espera que éste le conteste "que prescindiera de esa apariencia social, porque lo importante, lo esencial está en seguir siendo uno lo que es, digan lo que quieran los demás".

Corominas trata de conservar la amistad de Unamuno a pesar de las diferencias que los separaban. Declara que si ocurriera "un verdadero milagro" que lo llevase por el camino que ha seguido Unamuno, tendría el valor de afirmar la libertad de espíritu. Y al finalizar la carta, pregunta a Unamuno si "se sentiría con fuerzas para desprenderse del nuevo yo que sin duda le crearán los otros en el caso no probable de un nuevo desengaño".

En esta misma carta, Corominas, recordando la leal amistad de Unamuno en las horas angustiosas del proceso de Montjuich, le pide, con humildad y en tono de franca zozobra, permanentemente ayuda espiritual:

"Me parece que V. que ha sido bueno para quererme cuando tantos me negaban, el único que sorprendió a mis padres trabajando honradamente por mi salvación sin que ellos se lo pidieran, no ha de abandonarme ahora que soy más digno de lástima que antes. No puedo discutir con V. porque no represento una inteligencia fuerte, segura de sí misma como la suya sino algo desarticulado y roto, una cosa informe y confusa sin unidad. Delante de otros todavía me siento fuerte para discutir y para creer, pero delante de V. pierdo esas últimas energías de aquella fe en mí mismo que antes era mi fuerza y sin embargo no logro levantarme por la sumisión"<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Más adelante reitera su petición: "Quiero vivir en paz conmigo mismo y quizás V. pueda ayudarme a conseguirlo".

Mientras Corominas no logra superar sus crisis, Unamuno resuelve sus crisis mediante la acción. Corominas, enterado de que Unamuno ha vuelto a sus labores literarias, le escribe el 19 de julio de 1898: "Ahora le confesaré que, incapaz de comprender su crisis, llegué a temer que le dejase anonadado".

## IV.—ENCUENTRO Y DESENGAÑO: 1899

En carta fechada en Madrid el 26 de enero de 1899, Corominas expresaba su deseo de viajar a Salamanca para conocer personalmente a Unamuno. Temeroso de causarle una mala impresión, le prevenía: "Cuando nos veamos no me juzgue por la primera impresión". Corominas conocía la profunda timidez de su espíritu y esperaba que la personalidad de Unamuno creara una situación propicia para vencerla:

"Yo en apariencia soy muy frío, muchas veces, no sé lo que me pasa, pero el caso es que luego me arrepiento de mi timidez. Es muy posible que no me ocurra esto con V. que me sienta enseguida atraído con fuerza para mostrarme como soy".

En esta misma carta, luego de quejarse del ambiente madrileño que había encontrado, declaraba su convicción de que en Madrid no se tenía el respeto merecido a Unamuno. Piensa que nadie ha comprendido "honradamente" la crisis de 1897 y confiesa a don Miguel: "Lo más chocante es que por lo que me oyen decir en este sentido hay algunos que me creen místico".

Unos meses más tarde, después de la entrevista<sup>26</sup>, Corominas escribe una carta llena de resentimiento. A través de ella se puede reconstruir, en parte, los hechos que distanciaron a los amigos. En esta carta fechada el 6 de abril de 1899, Corominas se queja de que Unamuno no había comprendido su crisis. Parece que la discusión central había sido sobre el problema de la muerte. En carta del 27 de septiembre de 1897, Corominas había confesado que ni en los días angustiosos de Montjuich había sentido el temor de morir. En 1899 declara lo contrario y le dice a Unamuno: "Y en esto V. no comprende mi crisis y la juzga mal. Créame V., amigo Unamuno, hay pecado en juzgar con una frase lo que otro *vivió* sinceramente". Es indudable que las conversaciones de la entrevista tuvieron por sujeto las viejas experiencias que ambos padecieron en 1897 a juzgar por los temas que reaparecen en esta carta.

<sup>26</sup> La carta de Unamuno de 15 de diciembre de 1899 hace pensar que el encuentro no se realizó en Salamanca. No sabemos, pues, en qué oportunidad Unamuno mostró a Corominas el lugar del convento de los dominicos donde había pasado las primeras horas después de la crisis. De tal suceso no tenemos otra información que la de don Pedro (*Cor.*, III, 106).

Dolido por algún juicio de don Miguel que hirió sus susceptibilidad, Corominas se siente desengañado, y en su desengaño empieza a construir la dicotomía de los *yos* unamunianos para poder conservar su antigua admiración y su cariño:

"Como resumen de mis impresiones de estos días le diré que ahora me hice un enredo con los dos Unamunos que no se han fundido en mi alma todavía. Cuando la firma de V. al pie de una carta o de una tarjeta postal o de un artículo me parece que evoco toda una personalidad con inteligencia y cuerpo bien delineados (*sic*). Pero luego recuerdo al Unamuno de estos días y se me figura que son dos individuos diferentes.

Y esto lo uno enseguida al desengaño que yo le he causado a V. ... Y sin embargo ahora no puedo digerir eso de que V. me haya incluido en esa legión de hombres que no dicen nada porque nada tienen que decir"<sup>27</sup>.

Corominas termina su carta haciendo notar su actitud espiritual frente a los dos Unamunos que ha concebido. Trata de superar la dicotomía con su cariño: "Saluda cariñosamente al Unamuno de antes y respetuosamente al Unamuno de ahora el amigo de los dos"<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> Corominas se sentía acomplejado por la 'erudición' de Unamuno y Brossa según se ve en la carta de abril de 1899. En carta sin fecha, escrita probablemente después del 25 de noviembre de aquel año, defendía su manera de escribir. En otra carta sin fecha, escrita antes del 17 de mayo de 1900, explicaba: "Cuando agredido por V. me defendí y le llamé intelectual sabía que había en V. algo además de eso. Pero no vi la necesidad de decirlo".

Corominas había iniciado en *Vida nueva* de Madrid un movimiento para conseguir la revisión del proceso de Montjuich (*Cov.*, II, 104). Unamuno, conocedor de todo el proceso, adoptando una actitud de generosidad escribió en *Las Noticias* de Barcelona (27 de agosto de 1899) el artículo *La víctima Portas*. En él señalaba los males generales de la sociedad que no se podían vengar rencorosamente en un individuo que, al fin y al cabo, resultaba también una víctima. En carta a Corominas, el 15 de diciembre de 1899, defiende su punto de vista rechazando las opiniones de quienes habían combatido su noble actitud. ¿Disgustó a Corominas esta actitud de Unamuno?

En carta de 25 de noviembre de 1899, Corominas había comunicado a Unamuno sus discrepancias con don Francisco Giner. Unamuno, en la carta de diciembre de aquel año, le recomendó prudencia y que no se dejase llevar por el amor propio herido. Asimismo, le recomendó prudencia al hablar de la cuestión religiosa en España afirmando su creencia de la primacía de los valores religiosos sobre los económicos. Cabe preguntarse en qué medida todas estas observaciones herían a Corominas.

<sup>28</sup> En esta carta Corominas critica duramente el contenido de las *Meditaciones evangélicas* como carentes de "fraternidad humana" y protesta contra el "desprecio airado" que Unamuno siente por la actitud espiritual del siglo. Corominas se hallaba en la actitud de espíritu que Unamuno atacaba. Sin embargo, como siempre, Corominas no deja de admirar la forma bella de los ensayos criticados.

Es curioso observar que Corominas admira a Nicodemo: "en ese apego a la representación externa, hermanado con el deseo de la íntima y cobarde redención hay alma de hombre, alma desnuda, viva y dolorosa". Pero es mucho más importante señalar que pregunta a Unamuno de dónde ha extraído el personaje pues declara no haber visto en Unamuno nada de ese Nicodemo. Sin embargo, la crítica contra *La*

No sabemos si Unamuno contestó a esta carta con alguna anterior a la que escribe el 15 de diciembre de 1899. En la que lleva esta fecha se encuentra una especie de respuesta a las quejas de Corominas:

"... .. tengo la cara dura, y el conversar sobrado lógico y cortante. ¡Cuántas veces he observado la enorme desproporción entre mi estado íntimo y mi manifestación externa! No crea usted que se me pasó inadvertida la impresión primera cuando nos vimos en esa. Y como conozco esto y a todos nos gusta ser queridos, más que admirados, una de mis razones para no querer salir de aquí es poderme recojer y dar mi alma sin que la falsee esta grosera envoltura en que vive. Lo sé por experiencia; los que de escritos y cartas me conocen sufren una decepción al tratarme mano a mano, pero luego rectifican y creo ser querido por aquellos que *frecuentan* mi trato. ¡Qué obsesión esta de ser querido!"

Unamuno concluye la carta insistiendo en el cariño que siente por don Pedro.

Si se compara esta situación con la que aparecía en la carta de 27 de septiembre de 1897, se puede advertir en qué medida Corominas ha sido fiel al afecto, peligrosamente sumiso, que sentía por Unamuno y el esfuerzo que ha hecho por conservar la amistad. Pero, indudablemente, no ha podido superar su amor propio herido que lo lleva a una violenta rebeldía como actitud contrapuesta a su antigua sumisión. La excesiva timidez, y la susceptibilidad consecuente, de Corominas y la dureza exterior de Unamuno hicieron poco fructífera esta entrevista de 1899. Como respuesta a la 'incomprensión' de Unamuno, Corominas, a juzgar por la crítica de las *Meditaciones evangélicas* y de *La Esfinge* que aparece en su carta de 6 de abril, empezaba a hurgar en la crisis de 1897 para descubrir sus aspectos negativos.

#### V.—DESALIENTOS DE UNAMUNO: 1900

Hacia la primera mitad de mayo de 1900, Unamuno debió escribir a don Bernardo Rodríguez Serra comunicándole dolorosos desalientos. Dicha carta, que no se conoce, fué leída por

---

*Esfinge* es violenta. Angel, para Corominas, es un "fariseo arrepentido". El problema central del drama estaba más cerca de la crítica apasionada de don Pedro. Quizá el recuerdo de la lectura de este drama inspiró, en parte, el enfoque de la crisis de 1897 en 1938. Para Corominas, Unamuno había olvidado su espíritu de lucha por la justicia social a consecuencia de la crisis de 1897 (*Cor.*, II<sup>o</sup>, 105 y IV, 108).

Pedro Corominas, quien contestó a ella antes de que lo hiciera el propio destinatario. No se sabe la fecha de la carta de Corominas, pero debió ser escrita antes del 17 de mayo puesto que a ella respondió Unamuno con una carta fechada aquel día.

Corominas reprocha a Unamuno: "Me parece que V. se divierte martirizándose. ¿A qué viene ahora eso de su desgana y de su desesperación?". Luego afirma, llevado de una generosa amistad: "Yo no creo en lo que V. dice de su desesperación. Es más no creo en su desesperación". Don Pedro Corominas, con singular cariño, destaca la exageración de Unamuno y trata de ayudarlo a reponerse mediante su crítica y la expresión de su confianza en la serenidad de don Miguel:

"Y al leer la carta de V. he pensado que si V. me quiere como dice podría hacerle un bien comunicándole la duda verdadera que me había sugerido su carta, la duda convertida en certeza: eso de su desgana es una mentira. V. ha convertido un estado momentáneo en crisis honda: se goza V. sacando consecuencias profundas de un cansancio enfermo y pasajero de su espíritu.

Lo malo es que repitiéndose uno a sí mismo estas tonterías acaba por hacer que influyan realmente en él".

Corominas juzga que la carta 'desesperada' de Unamuno a Rodríguez Serra no estaba exenta de un "pueril deseo de espantarle". Y probablemente porque Unamuno se había quejado de que *Clarín* había tratado de acusarlo de falta de originalidad al comentar aquel año, *Tres ensayos*, combate su deseo de originalidad con las tesis unamunianas de *La dignidad humana*<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> Unamuno aceptará los consejos de Corominas y recordará su viejo artículo (carta de 17 de mayo de 1900). Nótese que este artículo aparece frecuentemente citado en el artículo de 1938 de Corominas.

Léanse las quejas de Unamuno contra este aspecto del artículo crítico de *Clarín* en las cartas que le dirige el 9 y 10 de mayo de 1900 (*Epistolario a Clarín*, Madrid, Escorial, 1941, págs. 90-93 y 101-102. En adelante citaremos *EpCl.*). *Clarín* había puesto en segundo término y no había enjuiciado el ensayo *¡Adentro!*; Unamuno declara que este ensayo es la expresión más suya y que más gusta a la generación joven. Unamuno escribía a Luis Ruiz Contreras el 14 de mayo de 1900 comunicándole que tomaba notas para escribir un ensayo, *La originalidad*, que era fruto del miserable escorzo que le causó la crítica de *Clarín*. En él, lo dice, elevaría el asunto depurándolo (Ruiz Contreras, *Memorias de un desmemoriado*, Madrid, Aguilar, 1946, p. 177-179. En adelante: *RC*). Probablemente Rodríguez Serra recibió las mismas confidencias con relación a *Clarín*. En carta de 18 de mayo de 1900 reprochaba a Unamuno la "neurastenia" que lo llevaba a extremados y contrapuestos estados de ánimo. Este corresponsal precisaba con severidad: "Sólo puede producir los efectos que V. siente, los desalientos de una ambición de gloria y de fuerza que no se adquiere tan joven como V. es; es deseo de dominar a todos y en todo".



Unamuno se vió precisado a contestar esta carta de Corominas ofreciendo minuciosa explicación de su estado de ánimo. En la carta de 17 de mayo de 1900 agradece el cariño de Corominas y se reafirma en su voluntad de ser querido antes que admirado. Se niega a aceptar la palabra *desesperación* para calificar sus desalientos pasajeros. Explica cómo se entrega a la experiencia vital sin reserva alguna y cómo procura vivirla a fondo y hasta procura incrementarla para poderla describir. Así, sus momentos de desaliento son aprovechados por una voluntad de acción y de creación que supera tales estados pasajeros. La actitud típicamente antropológica de Unamuno es evidente:

"Hace usted muy bien en no creer en mi desesperación (no emplee tal palabra); son desalientos pasajeros, hijos de cansancio fugitivo. Si usted me tratase durante algún tiempo con asiduidad se acostumbraría a no dar gran valor a mis veleidades de niño antojadizo. Lo que me ocurre es que vivo muy al día entregándome a toda impresión y experimentando sobre ella. Cuando el desaliento me gana me entrego a él y hasta lo refuerzo sugestivamente, y lo analizo y anoto el resultado de mi análisis y así me lo echo afuera. Y vuelvo al punto a mi estado normal, de gran fe en mí mismo, de impulsos de luchador (con su mácula agresiva) de ambición, el estado que reflejo en mi ensayo *¡Adentro!* Juzgarme por mis trabajos tristes sería como creer que Goethe fué un Werther. Cuando

---

Sin embargo, la carta de don Bernardo Rodríguez Serra revela el fondo religioso que existe en las angustias de Unamuno pues le dice: "A V. le falta un poco de pasión terrenal, casera, que le impida preocuparse de los grandes misterios, y hasta de la fe; déjese de esos misterios y problemas y crea que siendo bueno y moral, se gana el cielo y se vive tranquilo. Lo mejor es no esforzarse en creer ni en *descreer*, porque si esto empieza a preocupar acaba uno loco". Creemos que cuando aparezca la carta de Unamuno que motiva esta respuesta y la de Corominas explicará en qué medida la preocupación de Unamuno por el prestigio estaba condicionada por el cumplimiento de su oficio de escritor dentro de una *moral de batalla* para merecer la fe y la inmortalidad auténtica. Recuérdese que a Rodríguez Serra confió Unamuno su proceso religioso de 1895 (Tengo en prensa: *Desconocida antesala de la crisis de Unamuno: 1895-1896*) A este corresponsal pudo explicarle en 1900, con confianza y precisión, sin necesidad de una deformación auto-crítica y expositiva, la articulación exacta de sus preocupaciones.

En las cartas a *Clarín* aparecen muchos elementos para sospechar este fondo religioso. Ya en la carta de 28 de septiembre de 1896, en la *antesala* de la crisis, Unamuno había confesado a *Clarín* que necesitaba ganar autoridad para abandonarse a sus "instintos de predicador" (*EpCl.*, 69-70). En 1900, tras presentarse, hablando de sí en tercera persona, *deformado*, como un hombre sin fe y ambicioso de prestigio, Unamuno declara que sufría con que se le atribuyese al único móvil, "el ansia de notoriedad y fama, cambios y actitudes que le arrancan del corazón" (Carta de 9 de mayo, *EpCl.*, 87 y cf. pág. 90). Además, es evidente que, al comparar su obra *Paz en la guerra* con su hijo hidrocéfalo Raimundo, comparaba su fracaso en el camino de la carne con su fracaso en el camino de la fama. (9 de mayo de 1900, *EpCl.*, págs. 98-99). Ambas inmortalidades eran, para Unamuno, caminos para alcanzar la auténtica e insustituible inmortalidad.

escribía a Rodríguez estaba bajo el influjo de la impaciencia que a raíz de publicar algo de algún empeño me entra siempre y bajo el influjo del escozor que me causó la crítica ambigua y de mala fe de *Clarín*. En vez de desechar este estado de ánimo lo cultivaba como siempre, seguro de mi normalidad interior, y en tal situación escribí la carta"<sup>30</sup>.

Esta situación de desaliento que sufría Unamuno a principios de 1900 está relacionada con la aparición de *Tres ensayos* y con la crítica que, de ellos, publicó *Clarín* en *El Imparcial* de Madrid. Unamuno se sintió herido al descubrir ambigüedades y reticencias en el crítico. Principalmente, creía que *Clarín* había tratado de hacer entrever su falta de originalidad. De su ánimo herido, de su sensación de fracaso, nacen las confesiones epistolares a *Clarín* fechadas en los días 9 y 10 de mayo de aquel año. Dichos documentos, que precisan una especial atención<sup>31</sup>, son frutos de un desaliento pasajero. Este mismo esta-

<sup>30</sup> Quizá esta voluntad de evitar la palabra *desesperación* llevó a Corominas a afirmar que Unamuno no quería que se declarase su falta de fe (*Cor.*, IV, 108).

<sup>31</sup> Para la historia de las relaciones entre estos dos escritores véase el estudio de don Manuel García Blanco "*Clarín*" y *Unamuno*, en *Archivum*, Oviedo, 1952, t. II, p. 113-139. En adelante citaré: *GB*.

Unamuno admiraba a *Clarín* como hombre y como intelectual; reconocía claramente lo que de su formación le debía y le estaba agradecido por las primeras palabras de aliento que el crítico le dedicó públicamente. Sin embargo, pública y privadamente, en la lucha generacional, aludía severamente al poco entusiasmo y generosidad que *Clarín* mostraba hacia los jóvenes y se sintió herido por el silencio que *Clarín* guardó con relación a *Paz en la guerra*, novela que, según Adolfo Alas, fué leída atentamente por el crítico (*Ep. Cl.*, pág. 45). Ya el 30 de octubre de 1897 Unamuno confesaba a Juan Arzadun que no le extrañaba tal silencio (en *Sur*, Bs. As., set de 1944, n.º 119, pág. 58).

Parece que en algún momento Unamuno dejó de esperar, íntimamente obsesionado por la sorda polémica, que *Clarín* se ocupase de su novela y de sus recientes trabajos. El 13 de marzo escribía a Bernardo G. Candamo: "Huya usted de los que hablan de trimestres y se preocupan de si hablará o no *Clarín* de ellos" en *Indice*, Madrid, feb. de 1958, n.º 110, p. 7. Cf., a Ruiz Contreras, 23 de enero de 1900, *RC.*, p. 173-174) Días más tarde escribía a *Clarín* anunciándole la posibilidad de una segunda edición de su novela y se quejaba de la mezquindad dominante en el ambiente cultural (25 de marzo de 1900, *Ep. Cl.*, 73). El 3 de abril vuelve a escribirle y le anuncia *Tres ensayos*. En esta carta le decía "Entre tanto Dios me conserve mi fe en El, en mí mismo y en el omnipotente tiempo". (*Ibid.*, 82). Al finalizar la carta se acusaba del vicio de las alusiones acres y "no pocas veces injustas" (*Ibid.*, 83). El 16 de aquel mismo mes escribía a Bernardo G. Candamo comunicándole que padecía un "ataque de pereza" (en *Indice*, n.º 110, pág. 8).

Cuando quizá ya Unamuno no esperaba palabra alguna, aparece la crítica de *Clarín* sobre *Tres ensayos* en el número de 7 de mayo de 1900 de *El Imparcial* de Madrid. Unamuno siente vacilar la fe en sí mismo, en el tiempo y en Dios. Cree descubrir ambigüedad y mala intención en las líneas de Leopoldo Alas y se desespera. Angustiado, escribe la carta de 9 de mayo de 1900, larga, llena de amargura real y hasta cultivada. Al día siguiente envía otra carta a *Clarín* casi en el mismo tono.

El 14 de mayo escribía a Ruiz Contreras que desde que había dado a conocer su obra le aquejaba un cierto abandono; declaraba: "Estoy en barbecho. Si me interesa el éxito es para tantear mi público y ponerme inmediatamente a idear otra cosa" (*RC.*, pág. 175-176). El 17 de mayo confesaba a Corominas su preocupación por el

do de ánimo provocó la carta a don Bernardo Rodríguez Serra que leyó Corominas y el intercambio epistolar de aquel año entre Corominas y Unamuno.

En la carta escrita a Corominas el 17 de mayo de 1900 Unamuno advierte que conserva su ecuanimidad. Sus desalientos los vive en cuanto está sujeto a su *yo productor*:

"Porque hay en ello algo de papel, sí, lo confieso. Dentro de algunos años si mis sueños se realizan y mi fe en mí mismo me hace transportar la montaña con que peleo, cuando no necesite revestir mis convicciones de forma paradójica ni gritar para que se me oiga, saldrá afuera el Unamuno real, sosegado, sencillo y sobre todo sensato"<sup>32</sup>.

A continuación se refiere a lo expuesto en *Tres ensayos* considerándolo "rigurosamente sincero", aunque reconoce un cierto artificio en la forma. Contra la ideocracia, dice no haber vacilado en dar a su ensayo una forma paradójica<sup>33</sup>.

Por las declaraciones epistolares sabemos que Unamuno se había desalentado por el poco éxito de sus trabajos. La crítica de *Clarín*, según pensaba él, contribuiría a impedir que se le escuchara, aunque también pensaba que, en alguna manera, llamaría la atención sobre él. En sus desalientos no existe, sin

resultado económico de la obra para poder disponer de las ganancias para otra publicación y para "tantear al público de que dispongo e irme haciéndomelo".

Todavía el 30 de mayo de 1900 Unamuno confesaba a Candamo que se encontraba en una "marmotesca modorra", aunque consideraba que estos periodos eran los "más fecundos, los de oscura incubación" (en *Índice*, marzo de 1958, n.º 111, pág. 5).

De las experiencias de 1900 nace una serie de relatos y artículos que plantean literariamente la lucha entre las ansias de gloria y el yo íntimo y recogido. Estos trabajos de Unamuno necesitan un cuidadoso estudio antes de ser utilizados como expresión autobiográfica cabal.

<sup>32</sup> El 31 de mayo de 1895, Unamuno declara abiertamente su argucia de haberse acercado a *Clarín* con la oportunidad que le ofrecieron unas precisiones etimológicas y declara que necesita prestigio (*EpCl.*, 50-51 y 55. Ya había sido sincero en la carta de 28 de mayo de 1895 *Ibid.*, 48). El 2 de octubre de 1895, Unamuno agradece las menciones elogiosas de *Clarín* que consideraba le abreviarían el camino para conquistar al público ahorrando "no pocos esfuerzos de los puramente estratégicos, de los que distraen energías del objeto final, del impersonal y desinteresado" (*Ibid.*, 61).

Después de su crisis encontraba mayores dificultades para transmitir su mensaje y tenía mayor necesidad de prestigio. El 9 de mayo de 1900 le escribía a *Clarín*: "Sus juicios pueden animarme y guiarme; sus críticas pueden hacer que, aumentando mi público, le hable yo con más sosiego, sin el fatal empeño de ganármelo". (*Ibid.*, pág. 97).

<sup>33</sup> Escribía a *Clarín*, respondiendo a su crítica, que podía escribir otro artículo exponiendo contra su propia tesis de *La ideocracia*, que era lo de menos, todos los argumentos que otros eran capaces de oponerle (a *Clarín*, 10 de mayo de 1900, *EpCl.*, 102-103). Admitiendo, sólo en este sentido, la comparación establecida por el crítico con Nietzsche (*GB.*, *Apéndice* —artículo de Leopoldo Alas—, pág. 137-138), confiesa su modalidad de "desembarazarse" de sus ideas, pero niega que lo anime una voluntad de causar escándalo (*EpCl.* pág. 103).

embargo, un prurito fundamental de fama<sup>31</sup>. Unamuno necesitaba cobrar prestigio para hacerse oír y poder cumplir su destino de escritor, para poder comunicar sus experiencias. A la base de su literatura existía un mensaje difícil de comunicar tanto por el contenido mismo de él como por la época en que le tocó vivir. La carta de Bernardo Rodríguez Serra hace sospechar la medida en que sus ansias de prestigio tenían relación con sus preocupaciones religiosas y apostólicas. Su íntimo problema religioso, su 'querer creer' obligaba a Unamuno a *gritar* sus experiencias. Y el grito, en su siglo, era la única posibilidad de hacerse oír. Todo lo que atentaba contra su prestigio de escritor, atentaba contra su mensaje. Y atentaba, claro está, contra el cumplimiento de su misión y la realización de su persona.

Unamuno agradece a Corominas, una vez más, la "solicitud verdaderamente fraternal" de la carta. Reconoce que don Pedro lo conocía hasta en sus "flaquezas". Y trata de explicarle el difícil problema de la sinceridad:

"Ahora respecto a la sinceridad habría mucho que decir; yo la creo imposible, o mejor dicho creo que toda sinceridad es algo afectada y toda afectación tiene mucho de sincera. El arte es ya en sí un principio de insinceridad; lo sincero es tumbarse en el campo a ver paisaje y no describirlo. El principio del arte es la exageración. Yo sé que una cosa que para mí tiene capital interés es difícil que lo tenga para otro que vive otra vida y para comunicarle mi sentir lo exagero. Calculo lo que mi voz se debilitará en el aire y la refuerzo, y si creo al oyente sordo grito. Eso de la sinceridad me parece un tópico como otro cualquiera, un tópico de que abusó Carlyle, el escritor más exagerado que conozco. No hay nada más natural y espontáneo que el niño y el niño no hace más que mentir. Me dicen algunos que tengo alma de sofista, y tal vez sea verdad. Yo, le repito, quiero vivir al día, abandonándome a toda impresión y reduciéndola a carne. Me he convertido en una vaca lechera, me nutro para producir. Mi destino como hombre es ser escritor, porque cuando yo haya pasado podrán quedar mis obras. Soy un instrumento, y me cultivo y trabajo como quien afina su instrumento. Hay quien cree egoísmo y soberbia eso de pensar tanto en sí mismo. Pero si soy para los demás..."

<sup>31</sup> En las cartas de 9 y 10 de mayo agradece la crítica de *Clarín* porque piensa que, a pesar de todo, aumentará, en algún modo, su prestigio (*EpCl.*, pág. 86 y 105) Cf., carta de 14 de mayo de 1900 a Ruiz Contreras en *RC.*, pág. 177-178).

El tema fundamental que Unamuno expone en el párrafo citado es el de su misión personal como escritor. Unamuno necesitaba comunicar sus experiencias y sabía que, para ello, debía cultivarse y expresarse. Comprendía que la cultura y la expresión no eran naturales. Indudablemente, era consciente del riesgo de insinceridad, pero este peligro, como el del egoísmo, era superado por el sentido del *servicio*. Su literatura no tenía un fin en sí misma, estaba puesta al servicio de una misión cuyo cumplimiento exigía el cultivo de sí y la entrega al prójimo. Necesitaba *actuar* —en el sentido literario, dramático, y en el de dar realidad— su experiencia para comunicarla a los demás<sup>85</sup>.

Más adelante, Unamuno dice que la carta a Rodríguez Serra reflejaba sinceramente su situación al escribirla y que ella contribuyó a reforzar su estado de ánimo y hacerla fecunda en consideraciones. Sabe que ninguna obra suya refleja su espíritu, aunque reflejen sinceramente los estados de su ánimo, "porque lo permanente del espíritu no es el *estado* sino un flujo continuo". De esta manera, Unamuno desvaloriza sus pasajeros estados de desaliento, mirándolos desde su espíritu lanzado, por una desesperada esperanza, a una búsqueda permanente. Por ello, las confesiones que Unamuno hizo en momentos de desaliento, llenas de violenta auto-crítica, deben ser estudiadas con cuidadoso criterio. Ellas no son sino la prueba de su constante auto-vigilancia en el cumplimiento de su misión.

Comprender la misión que tenía Unamuno y la riqueza de su espíritu no era fácil. Probablemente Corominas extraerá de

<sup>85</sup> La alusión a la *sofística* aparecía en el artículo de *Clarín* (*GB, Ap.*, pág. 138) Causaban también sus desalientos, según la carta a Corominas, las insatisfacciones que Unamuno tenía de su propia obra. Pero, al experimentarlas, escribía cuartillas para utilizarlas más tarde.

En carta a *Clarín* del 9 de mayo Unamuno utiliza el recurso de hablar de sí mismo en tercera persona. Sin embargo, no creo que al distanciarse de sí mismo lograra Unamuno su intento de ser más sincero y objetivo. El alejamiento exacerbaba su auto-crítica y producía, indudablemente, un mayor grado de *literatura*. Al margen del inusitado recurso, Unamuno llega a sentir el deseo de tutear a *Clarín* (*EpCl.*, 97) dejando cada vez más lejos de sí al Unamuno descrito en tercera persona. Discrepo, pues, de la opinión del profesor García Blanco quien cree que el artificio "realza la espontaneidad de su expresión" (*GB.*, pág. 121). Lo que de hondamente sincero y humano hay en la carta vive al margen de este recurso.

Unamuno no quiso releer su propia carta de 9 de mayo antes de enviarla (*EpCl.*, 100). Sabía que ella podía ser una cantera contra él, pero prefería haber sido sincero y no le pesaba haberse desnudado ante *Clarín* (*Ibid.*, pág. 104-105). En realidad, la carta es una cantera para pensar en la falta de fe de Unamuno y en su ambición desmesurada de gloria humana si se admite el *falso dilema* —literario— entre preocupación religiosa y preocupación mundana como hizo —y aprovechó en tal sentido esta carta— Sánchez Barbudo en sus investigaciones (*SB.*, pág. 226) *Vid.*, las notas 29 y 31-33 del presente trabajo.

estas confesiones una mayor certidumbre de los dos *yos* unamunianos que se había forjado. Y, en vez de captar la multiplicidad de ellos y de penetrar en la dependencia interna que tenían, elabora una esquemática visión, de contraposiciones, extremadamente simplista, que utilizará en 1938 para defender a Unamuno. Tal defensa, involuntariamente, terminaba por constituir una grave acusación de insinceridad.

#### IV.—1900 a 1934

Espigando en cartas posteriores a 1900 encontramos algunos datos que permiten conocer la maduración de los moldes de la interpretación de 1938. En carta del 11 de enero de 1901, hablando de sus hipocondrías y del remedio de ellas que encontraba en la familia, Unamuno aludía a su crisis de 1897 con una corta frase: "en una crisis de que casi me avergüenzo", para recordar inmediatamente después el consuelo de su mujer<sup>36</sup>. En alguna medida tal expresión reforzaría las dudas de Corominas<sup>37</sup>. Más tarde, en carta del 6 de enero de 1909, Corominas le decía a Unamuno: "Por más que V. diga lo contrario yo le tengo entre los que andan buscando todavía". Mostrando su interés por la vida espiritual de don Miguel, pregunta "¿Le ha encontrado V. ya? ¿Ha llegado a creer como Pascal que no le buscara tanto si ya no lo hubiese encontrado?". Estas expresiones, que carecen de conexión dentro del epistolario, ya están en las antípodas de las que aparecían en septiembre de 1897. Las observaciones no son falsas, pero revelan desconocimiento de la problemática religiosa. Ahora bien, aunque Corominas parece afirmado definitivamente en sus juicios sobre la creencia de Unamuno, nuevos sucesos permiten observar en qué medida carecía de firmeza.

Al publicar *La vida austera*, Corominas encuentra dificultades con la jerarquía eclesiástica<sup>38</sup>. El 11 de junio de 1909 escri-

<sup>36</sup> Recuerda este grito de su mujer en carta a Corominas de 26 de mayo de 1934. El 18 de mayo Corominas, al darle el pésame por la muerte de Concha, le había recordado la escena que años antes había conocido por confesión epistolar de Unamuno. Cf. *Cov.*, III, 106.

<sup>37</sup> Unamuno era consciente del mutuo desconocimiento y el paulatino descubrimiento mutuo: "Siento que después de haber puesto bien en claro todo lo que nos separa vamos a ir sintiendo mejor todo lo que nos une. Sospecho que así como yo no conocía a usted del todo —pues cada día le descubro— tampoco usted me conocía; mi costra de conceptista le velaba" (Unamuno a Corominas, 11 de enero de 1901).

<sup>38</sup> Corominas escribe a Unamuno enviándole el libro el 6 de enero de 1909. El día 9 Unamuno acusa recibo en una tarjeta postal.

be a Unamuno dolido de que su libro había sido objeto de condenación. Se defendía descubriendo su propósito de estricta confesión personal. Le explicaba a Unamuno: "Tenemos enfermo nuestro sentimiento religioso y esta enfermedad ni se cura negando la existencia del enfermo ni ocultándolo a la vista de los hombres en una torre de acero". Por lo demás, en esta carta aparece, como siempre, la religiosidad peculiar de Corominas. En este momento de aflicción Corominas reconoce, sin limitación alguna, el vivo cristianismo de Unamuno. Le pregunta: "¿Por qué no me condena V. que es vivamente cristiano?". Unamuno, en carta del 24 de julio de 1909, tras criticar el desvío esteticista de Corominas, escribe procurando ampliar al máximo los límites de su comprensión:

"Yo no he visto herejías en su libro. He visto sí, más aun que una vaga religiosidad y que un vago cristianismo; he visto el eco del catolicismo en que nos criamos. Zulueta me dice que soy el último católico de España, y tal vez sea así. Pero no estoy tan solo. El libro de usted es, por dentro, católico. Con Dios o sin El, católico".

En carta del 31 de mayo de 1896, Corominas declaraba que temía que Unamuno hubiera dado mucha importancia al regionalismo catalán. Con los años don Pedro fué adquiriendo, cada vez más, una profunda pasión regionalista. El problema del regionalismo distanció a Corominas<sup>39</sup>. La unidad hispánica defendida por Unamuno no le resultaba comprensible a Corominas y se sentía herido por las expresiones anti-regionalistas de Unamuno. La visión socio-económica de don Miguel, que constituía la base de sus sentimientos patrióticos, era incompatible con los fervores regionalistas de don Pedro Corominas.

A pesar de las distancias que se crearon entre ellos, los dos amigos recordaban con verdadera emoción, muchos años después, las mutuas confianzas íntimas de 1897. Unamuno re-

<sup>39</sup> Cf. Corominas a Unamuno, 6 de enero de 1900 y Unamuno a Corominas, 11 de enero de 1901. Véase otra carta de Corominas sin fecha, posiblemente escrita después del 25 de noviembre de 1899. A Corominas debió disgustarle que Unamuno le recordase escribir en español, lengua de España y América en su carta de 6 de junio de 1901. Respecto a *La vida austera*, Unamuno volvió a insistir sobre el tema invitándole a seguir el ejemplo de los escritores vascos (Carta de 24 de julio de 1909) Cf., *Cor.*, V. 111).

El primero de septiembre de 1914, Corominas ofrecía su ayuda al "único rector de nuestras universidades" que había sido destituido. Sin embargo, el 15 de noviembre de aquel año le aconsejaba: "Deje V. que se calle el Rector y haga hablar a Unamuno". Esta corta frase está en relación con los *yos* establecidos por Corominas. En el artículo de 1938 Corominas va a ligar exagerada, y falazmente, el "descontrolado afán de gobernar" del rector con sus actitudes políticas (IV, 109).

cuerda en carta del 2 de mayo de 1917 aquel tiempo de las "largas e íntimas cartas" que espera no muera con ellos. Corominas, en carta del 18 de mayo de 1934, escribía a Unamuno: "pero yo de mí sé decirle que todo aquel mundo viejo de sus cartas no ha dejado nunca de tener íntimas resonancias en mi corazón". Unamuno, al contestarle, en carta del 26 de mayo de aquel mismo año, repite casi, en íntima aceptación, las palabras de don Pedro: "Sí, todo aquel mundo viejo de nuestras cartas sigue resonando en nuestros corazones".

## VII.—LA DEFENSA DE 1938

Dos años después de la muerte de Unamuno, su amigo Pedro Corominas publicará en la *Revista de Catalunya*, en febrero de 1938, un artículo titulado *La tràgica fi de Miguel de Unamuno*. Dicho documento sólo se puede entender desde la historia que se ha tratado de reconstruir en este trabajo. Y, naturalmente, al valorarlo se debe tener en cuenta la especial circunstancia política en que está inserto. Interesa, sobre todo, tratar de instalarse en la intención con que fué escrito. No puede dudarse de que era fruto de la más sana y generosa intención de defender a Unamuno. Sin embargo, haciendo un difícil equilibrio entre las distintas y desconcertantes impresiones que había recibido de Unamuno y tratando de explicar algunas de sus actitudes políticas, el autor se vió obligado a dividir la personalidad de Unamuno de tal manera que, sin ser esa su intención, formuló una grave acusación de insinceridad contra Unamuno. Años más tarde, la crítica, en algún caso concreto, dentro de los esquemas que había proporcionado Corominas, llegó a hablar de la *farsa* de don Miguel.

En Barcelona, en 1938, Corominas trata de defender, allí y entonces, a Unamuno. Aprovechó la vieja dicotomía de los dos *yos* caracterizada por una excesiva elementalidad, por un esquematismo rígido y simplista. De los dos Unamunos, don Pedro quiso salvar al que el propio don Miguel, según él creía había sido incapaz de salvar: al Unamuno íntimo. Corominas estructura todo su trabajo a partir de un Unamuno externo y falso que contradice y agobia al íntimo que, según dice, es republicano. Corominas descarga todo su resentimiento y su crítica política contra el externo y reserva su cariño para el íntimo.

El compromiso político que orienta la exégesis da título al



artículo. El trágico fin de Unamuno consiste, para Corominas, en que "la realidad lo aplastó entre los dos extremos de la paradoja. Entre la verdad sentida por los demás y por él mismo y la insensata quimera que en su decir procaz suplantaba a la verdad descaradamente". Tratando de defenderlo de los ataques de un sector político Corominas afirma: "En un momento se encontró separado de los que pensaban como él había pensado toda su vida, y mezclado con los que lo tomaban por la palabra" (VI, 113). Esa era la tesis política que se proponía demostrar don Pedro Corominas. Por ello descubría alborozado, en algunas actitudes de Unamuno, al Unamuno *profundo*, "el que sólo aparecía cuando podía exaltar su valor de cambio por los caminos del amor y de la justicia". (V, 111-112).

Es preciso recorrer el camino que ha seguido Corominas para exponer su exégesis comprometida y comprometedora. Inicia el artículo recordando el primer encuentro con Unamuno. Después recuerda la generosa amistad de Unamuno en los días aciagos del proceso de Montjuich. La emoción lo gana cuando rememora el envío a la prisión de un ejemplar dedicado de *Paz en la guerra*. Agradece la ayuda que le prestó entonces Unamuno, pero, ganado por su propio afán de caricaturesca dicotomía, presenta las gestiones de Unamuno con un marcado sabor de opereta: "Fué apresuradamente a Madrid, se presentó ante Cánovas y desesperadamente se arrodilló a sus pies; hizo activar a Joaquín Costa" (I, 103). El empeño de mostrar un Unamuno doble ha vencido a su noble agradecimiento.

Aprovechando la terminología de valor de cambio y valor real, que aplicada a la personalidad la aprendió de Unamuno, recuerda los años socialistas de Unamuno para indicar que la personalidad de cambio de Unamuno estaba dominada por la generosidad humana de su personalidad real (II, 104-105). Desde esta perspectiva, la crisis de 1897 va a ser enjuiciada más que desde una comprensión religiosa, o simplemente ingenua, desde un ángulo sociológico y político. La crisis, según Corominas, fué culpable del predominio del Unamuno individualista. El valor de cambio de la personalidad de Unamuno "se enseñoró en su espíritu desde que la crisis religiosa ahogó para siempre en él aquel profundo sentido de la lucha contra la valoración capitalista del hombre" (II, 105). Al concluir la exposición de la crisis, Corominas reitera:

"Había que distinguirse, ya que la llamada mística había destruido para siempre el ímpetu humano que le había hecho proferir su primer grito de revuelta, aquello que podía extraerle toda la fuerza creadora que había en él". (IV., 108)<sup>40</sup>.

El primer artículo que Unamuno había enviado a *Ciencia Social*, aparecido en enero de 1896, *La dignidad humana*, había impresionado fuertemente el espíritu de don Pedro Corominas. En sus cartas<sup>41</sup> y en el artículo de 1938 aparecerán las ideas, y en este último varias citas textuales, de aquel viejo artículo de Unamuno. En el fondo, don Pedro sólo había logrado comprender el aspecto socialista de Unamuno en este y otros artículos escritos ya en la antesala de la crisis de 1897, es decir, en plena evolución hacia el cristianismo.

Dentro de las exigencias de su esquematización, de sus convicciones personales y de sus intenciones históricas, Corominas va a encuadrar su conocimiento de la crisis de 1897. En 1938 ejerce sobre ella una dura crítica olvidando la emoción y la admiración que había sentido al recibir las confidencias epistolares.

Corominas veía bien que uno de los factores de la crisis había sido Raimundo, el hijo hidrocéfalo de Unamuno (V, 110). Describe con bastante exactitud los sucesos de la crisis. Sin embargo, si en 1897 había creído ver una auténtica fe en Unamuno, y en los años sucesivos su criterio para enjuiciarla fué vacilante, en 1938 se expresa con extraña seguridad para negarla. Afirma que "duró unos cuantos años", que su intensidad "fué decreciendo poco a poco", que no había traspasado el ámbito de la "ideación para alterar o remover el pozo de los sentimientos con la inesperada polarización de una fe". Y afirma que en Unamuno, "tan intelectual" y conocedor profundo de esas manifestaciones, no se podía discernir entre un proceso auténtico y uno fruto "de auto-sugestión inconsciente, pero de carácter puramente voluntario" (III, 106). Luego relata el diálogo epistolar y hace observaciones sobre el contenido y sentido de la crisis de 1897. Es indispensable reproducir, a pesar de la extensión, sus palabras:

<sup>40</sup> Cf., *Cor.*, V, 112. Corominas, con una clara obsesión, establece constantemente el paralelo entre la crisis religiosa y la situación política llevado de sus propias convicciones (*Cor.*, VI, 113).

<sup>41</sup> P. Corominas a Unamuno, carta anterior al 17 de mayo de 1900.

"Pocos meses después, a mediados del año 1897, comenzaba y mantenía conmigo, que vivía exilado en Hendaya, una correspondencia continuada, compuesta de largas cartas con una crucecita arriba: me explicaba todos los detalles de su conversión, como no creo que lo hiciera a nadie más y me decía lo que tenía que hacer para convertirme. Al contestar le contaba el resultado negativo de mis experiencias. Es indudable que los dos sentíamos el corazón empapado en una vaga religiosidad, que yo no alcanzaba a precisar en la figura concreta de una fe que él afirmaba poseer. Nuestras cartas sinceras, apasionadas, eran resultado de la lucha que cada uno de nosotros sostenía consigo mismo, en su propio espíritu: eran como él dijo más tarde, una *agonía*.

El tema de la correspondencia era este: cómo en un espíritu empapado de religiosidad puede producirse la polarización de una fe. En esto coincidíamos con el mal de nuestro tiempo: la impotencia del hombre profundamente religioso para hacer brotar una fe en su corazón. "*Tomad agua bendita*", decía Pascal. Y en otra parte nos animaba así: "*no me buscarías tanto si no me hubieses hallado*". Unamuno me aconsejaba que leyese el Evangelio con alma de niño: "échese de bruces a beber en esa fuente". En otra me recomendaba que meditase las "*Confesiones*" de San Agustín. Pero la fe religiosa se pierde al querer ser provocada y el desengaño de cada experiencia me helaba el corazón aún más con un nuevo temor. Y bien, si algún día se publica nuestra correspondencia, el lector imparcial estará seguramente con esta conclusión: "*Unamuno creía que creía, pero no creía*". La convicción era tan sincera como errónea. Hacía años que había perdido la fe de su infancia, y habiendo sentido los mareos de las altas inquietudes revolucionarias, quiso volver a poner los pies en aquella roca viva y en vano lo probó. Le pasaba lo contrario de lo que dice San Agustín: "*Platón me ha enseñado la Justicia, pero solamente Jesús me ha enseñado el camino para llegar a ella*".

Unamuno sabía lo que les ocurre a los que se convierten. Lo sabía y, si no lo practicaba, procuraba grabárselo. Pero nunca recobró la fe.

Al cabo de unos años se olvidó de poner la crucecita encima de las cartas. Pero el contacto con los que no habían perdido la fe le demostró que él no la tenía. Lo que hay es que no quería que fuese dicho y, al volverse contra aquellos que creían, les enrostraba la carencia de fe: eran ellos los que no la tenían. De él aprendí la frase de Coleridge que tan bien le calza "*Ustedes no creen, ustedes creen que creen*".

La vida de Unamuno fué en adelante una remembranza de aquella lucha. Si algún rumor quedaba en el fondo era el eco inextinguible de aquella infortunada voluntad de creer" (III-IV, 106-108).

El pretender que Unamuno al sentir el mareo de las inquietudes revolucionarias trató de volver a la fe no tiene fundamento alguno. Delata, sí, el enfoque personal, comprometido e inadecuado que utiliza Corominas. Y también la presencia de sus propias experiencias de 1897.

En 1897 Corominas había quedado profundamente emocionado ante el 'milagro' de la fe de Unamuno. No alcanzaba a distinguir, quizá debido a la pasión expositiva de Unamuno, entre 'querer creer', y fe. Tampoco alcanzaba a comprender en su verdadero sentido los alcances de las consideraciones de Unamuno sobre la gracia de 'querer creer', de la búsqueda misma. La carta de Corominas de 6 de enero de 1909 y el texto de 1938 revelan que tuvo oportunidad para hacer los delimitados necesarios y que no supo hacerlos. En 1897 Corominas, desde su propia impotencia, incapaz de poner su voluntad en tensión para conseguir la fe —en cuanto esto pueda ser posible—, declaraba la inutilidad absoluta de la voluntad. Y admiraba la fe de Unamuno considerando que no era fruto de un proceso voluntario. En el texto de 1938 aparece claramente que es desde su propia aventura frustrada desde donde enjuicia a Unamuno. Poco a poco, ante el 'fracaso' de Unamuno, desde sus resentimientos de 1899 y ante los desalientos de 1900 de Unamuno, Corominas va a ir afirmándose en la convicción de que el 'querer creer' de Unamuno era sólo un proceso voluntario toda vez que hurgaba don Miguel en su propia conciencia, toda vez que rechazaba la aniquilación, toda vez que imploraba la fe y predicaba la necesidad de ella. Desde su propia situación había empezado Corominas admirando la fe de Unamuno, para después desahogar su propio resentimiento de no haber podido seguir el camino de don Miguel. Así llegó a pensar que don Miguel trataba de sugestionarse, de engañarse y de engañar a los demás. Corominas va a considerarse, entonces, en posesión de un secreto: Unamuno no creía, nunca recobró la fe. Le aplica la frase de Coleridge y hasta llega a afirmar, sin ningún fundamento, que Unamuno ocultaba su falta de fe. Lo curioso es que sus afirmaciones alcancen un grado inusitado de seguridad en esas circunstancias de compromiso político. Resulta difícil creer que en un momento de seriedad y de seriedad crítica Corominas se hubiese atrevido a enjuiciar la crisis de Unamuno.

Encarnado ya su sistema de los dos *yos* en la historia de las ideas sociales y religiosas de Unamuno, Corominas va a bus-

car otros hechos para completar su esquema y probar su tesis comprometida. Hablará del anti-regionalismo de Unamuno. Las paradojas del Unamuno externo que trataba de distinguirse se dirigían contra el objeto de su íntimo cariño. Atacó el regionalismo vascongado con duras paradojas: "queriendo decir que a la vez de ser las más terribles fueron también las más vascas" (IV, 108-109). Y prueba de que amaba a los catalanes, dice Corominas, es que atacaba el regionalismo catalán (V, 111). Ya se encuentra Corominas en el terreno político del cual partía su exégesis y al cual quería llegar en la exposición.

Queda suficientemente demostrado que el artículo de don Pedro Corominas carece de enfoque apropiado y de objetividad crítica al enjuiciar la problemática de la crisis de 1897. Inclusive algunos hechos resultan deformados en la exposición que hace del problema religioso de Unamuno<sup>43</sup>.

Don Pedro Corominas trataba de defender a Unamuno aunque dijera: "Ni critico ni defiendo; constato" (V, 109). Procuraba enseñar a comprender a Unamuno estableciendo la dicotomía: "Os abro un camino para guiaros por la fronda de sus contradicciones, os enciendo una linterna humana que nos permitirá ver la sinceridad en el error, el afecto en la diatriba" (V, 109)<sup>44</sup>. La presentación de los dos Unamunos puesta al servicio de una interpretación política comprometida podía resultar en algún modo útil, pero tampoco era acertada. El auténtico *drama* de los *yos* de Unamuno, con toda su riqueza de posibilidades existenciales, se ha convertido en manos de Corominas en una *farsa* simple y tosca. A partir de este esquema, sólo se podía compadecer o condenar a Unamuno en cualquier terreno, inclusive en el político. Encerrar a Unamuno entero en límites tan simples era poner en duda su sinceridad, aunque Corominas insistiese: "era siempre sincero" (V, 109), y poner en peligro el valor de su obra.

---

<sup>43</sup> Si se precisan y coordinan rigurosamente las líneas fundamentales del artículo de Corominas, se obtienen, en algún modo, las conclusiones últimas a las que llegó el profesor Sánchez Barbudo. Aparece de inmediato, en lo que se refiere al problema religioso, un yo íntimo, ateo, y un yo externo 'farsante', lleno de paradojas. En todos los demás órdenes se repetiría el mismo esquema. Y, a pesar de la buena intención de Corominas, no hay manera de salvar la sinceridad de Unamuno y el valor de su vida y obra después de establecer el molde estrecho e irreal de 1938.

<sup>44</sup> Corominas continúa escribiendo: "el menosprecio en la adhesión fría, el interés cordial en la crítica apasionada, la confesión inconsciente en la paradoja" (V, 109). *Adhesión fría* (1) es una actitud que Corominas inventa, desconcertado, para sus fines estrictamente políticos. Se ve obligado a romper el esquema cuando examina la actitud política de Unamuno en la tercera década de 1900 (IV, 109).

Sin embargo, debe quedar claro que Corominas trató de cumplir un deber de amigo. El mismo decía que era necesario "un cierto valor para defenderlo" (VI, 114). En Barcelona, en 1938, fuera acertada o no su exégesis, ese valor lo tuvo don Pedro Corominas.

ARMANDO ZUBIZARRETA G.

Libreros, 11.  
Salamanca.